

AÑO I — BARCELONA 19 DE MARZO DE 1882 — NUM. 12

ALDEANO DE LA VALAQUIA, por Flashaw

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL

Todas las conversaciones de los filarmónicos madrileños giran hoy sobre el mismo tema, sobre Masini. ¡Rareza singular! Al ilustre tenor le ha sucedido en la corte lo mismo que en Barcelona: á la primera representacion fué discutido, á la segunda se impuso; lo cual demuestra que, á fuer de buen soldado del arte, lucha, pero triunfa. Debutó en los *Hugonotes* y con la Retzké y Uetam que compartieron dignamente sus lauros, sublimaron la obra maestra del inmortal Meyerbeer. Bien necesitaba el *Teatro Real*, siquiera hacer una buena despedida, y para obrar oportunamente, la ha hecho en Cuaresma, la época del perdon y el arrepentimiento.

Apolo, el hermoso cuanto desgraciado teatro de la calle de Alcalá donde han naufragado tantas empresas, ha abierto de nuevo sus puertas, dando espectáculos de todas clases: dramas, comedias, pasillos líricos y baile. Dice un refran que en la variedad está el goce; pero otro recuerda que poco aprieta quien mucho abarca.

Pasando por el *Teatro de Lara*, donde á beneficio de la simpática Valverde se puso por primera vez el *Rosicler*, divertida comedia del agudo Ricardo de la Vega, dirijámonos al *Español*, cuna y á la vez sepulcro de tantos ingenios. Para D. José Sanchez Arjona, cuya primera obra, *Venganza cumplida*, acaba de estrenarse, no será ciertamente lo segundo, puesto que este drama fué recibido con extraordinario aplauso y saludado su autor como una legítima esperanza de la escena nacional. Grandes defectos se advierten en esta produccion, no siendo el menor la índole del asunto. Se trata de un hijo adulterino, próximo á casarse con su hermana, el cual al descubrir el horrible misterio de su existencia, mata á su padre. La crudeza de este argumento está en parte disimulada, pues los personajes no visten el traje del dia y ya es sabido que el convencional barniz de época vela y atenúa ciertas monstruosas aberraciones. Pero en la obra de Sanchez Arjona hay intuicion dramática y situaciones bellísimas, campea facilidad en su desarrollo y brilla un lenguaje sin hojarasca, nutrido, vigoroso y sobrio.

Un estreno en el teatro de Bilbao: la zarzuelita *¡Cuanto más viejo!* letra del Sr. Zapino y música del aventajado pianista D. Isaac Albeniz. Fué recibida con mucho aplauso.

En ménos de cinco minutos una docena de arcabuceros del tiempo de Luis XIV conquistan á España. Esta hazaña se realiza todas las noches en el *Teatro de los Bufos parisienses*, donde con el título de *Coquelicot* acaba de estrenarse una opereta con música de Luis Varney y cuyo autor Armando Silvestre no ha hecho más que trasformar un antiguo *vaudeville* de los hermanos Cogniard, escrito en una época en que en el teatro privaban los asuntos militares. En 1836 los conquistadores de España eran los soldados de Napoleon; ahora son los arcabuceros de Luis XIV. ¡Exigencias del género bufo, que no puede pasarse sin vestidos cortos y exhibicion de pantorrillas!

La música de esta produccion se compone de *couplets*, fandangos y boleros: hay además un duo bilingüe de un fondista francés y una criada española. Por cierto que este último papel estuvo confiado á nuestra compatriota la señorita Ribero, que en justo desquite de la hazaña de los arcabuceros, alborota á los franceses, de suerte que si en la obra España queda vencida, en la ejecucion ha alcanzado la victoria.

Con el título de *Mon fils* se han estrenado en el *Odeon* tres preciosos actos en verso de Emilio Ginard, en los cuales se aduna, con la inspiracion del poeta, la experiencia del autor dramático.

Por fin en el *Teatro nacional de la Opera*, vencidos no pocos contratiempos, se ha puesto el baile *Namouna*, de carácter oriental. La música pertenece á un jóven de unos sesenta años, Eduardo Lalo, y le llamo jóven porque es la primera obra que ha logrado ver puesta en escena. En el transcurso de treinta años escribió dos óperas: *Fiesque* y *El Rey de Is*, que á punto de representarse, su autor tuvo que retirar por quiebra prematura de las empresas que las habian tomado. Por poco le sucede lo mismo con el baile *Namouna* y nada habria perdido por cierto, pues á pesar de tener trozos bien instrumentados, la música no ha complacido al público.

Una innovacion se ha introducido en el teatro de la *Porte Saint Martin*, donde se representa *Petit Faust*, y es un mecanismo inédito por el cual hasta quince hermosas mujeres pueden revolotear por el espacio, cual si estuviesen dotadas del precioso don de los pájaros. ¡Lástima que esas tramoyas se empleen en obras tan insustanciales!

Paris ha despedido con verdadero sentimiento al gran Rubinstein, á quien han alejado de aquella capital exigencias teatrales. En Hamburgo están montando su ópera, *El Demonio*, y él en persona debe dirigirla. Pero ántes de ausentarse, selló la consideracion que debe al público parisiense, con un soberbio espectáculo en los Conciertos populares de Pasdeloup. Trocando el piano por la batuta, dió un gran concierto instrumental de música rusa, cantada por artistas rusos y exuberante de aquel sabor que tiene algo del de las brisas del Cáucaso, perfumadas por los herbajes de las dilatadas estepas. Paris se apasiona por todo lo nuevo y característico, y hoy, merced á la buena idea de Rubinstein, compositores como Gliuka, Tschaïkowski, Rymski-Korsakof, Dawidoff y Dargomyski, han cobrado fama y notoriedad en el Occidente. Del mismo Rubinstein, se aplaudieron el aria coreada de *La Ninfa* y un precioso ramillete de motivos bailables.

Stagno, contra lo que se creia, se ha repuesto rápidamente, reapareciendo en el *San Carlo* de Nápoles, donde en *Los Puritanos* acaba de obtener un señalado triunfo.—Ha ido á aumentar los atractivos de la estacion de Monte Carlo el notable violoncelista Alejandro Matta, que toca con un primor extraordinario.—En el *Velle* de Roma ha sustituido á la Marini una compañía austriaca de opereta dirigida por la Sra. Lory Stebel, inaugurando sus funciones con *Doña Juanita* de Suppé.

¿Se quieren más noticias? En Turin ha fracasado el *Tributo de Zamora* de Gounod; y en la *Scala* de Milan no habia un alma á la quinta representacion de *Herodías*.

En punto á novedades dramáticas, registra la escena italiana: *Monte-Carlo*, dramon, engendro francés, estrenado con éxito en el *Milanese* de la capital de Lombardía.—*Marascó*, original de Hugo del Giudice, en cuya produccion, si bien hay algunos trozos bien sentidos, la accion adolece de falta de solidez y los caractéres carecen de relieve.—*Trentennino*, regocijado juguete de Silvestri, que con sus chistes y su diálogo vivo y brillante, hizo las delicias del público del *Teatro dal Verme* de Milan.—Y finalmente *Il geloso*, juguete de un tenor, el Sr. Rosnati, estrenado con aplauso en el *Cannobiana*.

Las obras nuevas que están en capilla, y digo en capilla por cuanto próximamente serán *ejecutadas*, son *Margherita* de Pinsuti, que se estrenará en Venecia; *Maria di Vasco* de Cárlos Brizzi, que se pondrá en Bolonia, y la ópera bufa de Giosa, *Rabagas*, que se está ensayando en la *Argentina* de Roma.

En Alemania escasean esta semana los estrenos. Las miradas de los filarmónicos están fijas en Hamburgo, donde montan la obra bíblica de Saint Saëns *Sanson y Dalila*, sancionada ya por el público de Weimar.

En Jena, cediendo á la moda de reproducir las obras de la antigüedad clásica, se ha puesto la tragedia de Esquilo *Los Persas*, habiendo prestado á esta produccion el concurso de su númen musical el duque Ernesto de Sajonia Meiningen.

Finalmente, el público de Hannover se ha regalado con un gran baile de Beethoven *Las creaciones de Prometeo*, que ha sido puesto con deslumbrador aparato. Pero la música del gigante compositor excede á todos los primores de la escenografía.

La compañía lírica de Carl Rosa que tan brillantes triunfos viene obteniendo en *Her Majesty's Theatre* de Lóndres, está terminando sus compromisos, con gran desazon de los filarmónicos. Una de las últimas óperas que ha puesto en escena, es la titulada *Sily of Killarney* del compositor inglés Julio Benedict. Bajo la inteligente batuta de John Pew obtuvo una ejecucion perfecta.—Antes de concluir la presente temporada, se cantará el *Benvenuto Cellini* de Berlioz.

En el *Teatro del Globo* de la metrópoli inglesa, se estrenó un drama de E. Lyon que lleva el título de *El destino*. Pintura de la fatalidad que pesa sobre una familia, cuyo protagonista muere de un pistoletazo, no tiene la grandeza de la tragedia, ni el vigor del moderno drama francés. Es una obra como otras tantas que aquí se representan para impresionar al público que frecuenta las funciones de tarde.

Con el título de *The Manayer* (El empresario) ha tenido buen éxito una refundicion de Mr. Burnaud, puesta en el *Court Theatre*. La misma suerte ha cabido á un drama francés arreglado por Byron, con el título de *Catorce dias*, que se ha puesto en el *Criterion*, y á la comedia *The head of the Poll* (La cabeza de la eleccion), arreglo del aleman, basada en intrigas electorales, y estrenada en *Saint Georges's Hall*.

Finalmente la *Opera cómica* ha dado una opereta titulada *Vénus* de Sheridan, llena de reminiscencias, y el baile *Estetic Quadrille* en el cual se distinguen los hermanos Gerards por su pasmosa agilidad.

La Bernhardt se ha despedido de los milaneses bruscamente, interrumpiendo una funcion despues del segundo acto, por lo que el público fué reintegrado en el precio de entradas y localidades. ¿Por qué obró así? Nadie lo sabe. ¡Pinitos de artista mimada!

¡Son tan raros los caprichos de la Bernhardt!... Antes de su viaje á América se hizo retratar metida en un ataud, en inmovilidad perfecta. El fotógrafo M. Mélandri adquirió el derecho á la reproduccion de este original retrato para despues de la muerte de Sarah, y ésta contrajo el compromiso de morirse dentro de un año.

Sus triunfos en América daban fe de vida de la actriz, y el fotógrafo le escribió.

—Un poco de paciencia, amigo mio, contestó la Bernhardt: despues de cumplir mis compromisos con los americanos, cumpliré el que tengo con vos.

Pasó otro año: nuevas reclamaciones del fotógrafo y nueva contestacion de la Bernhardt, que esta vez alegó la excusa de que habia de estrenar tres obras en Paris.

Pero M. Mélandri, cansado ya de esperar, parece que se propone llevar el asunto á los tribunales, pidiendo que le autoricen para vender aquellas fotografías. ¿Háse visto un pleito más raro?

Pero ¿qué gana con ello la eminente actriz? Hacer ruido. ¡Ah! En su concepto no basta el mérito por sí solo: es forzoso sazonarlo con un poquito de extravagancia.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

ALDEANO DE LA VALAQUIA, por Flashaw

El válaco, cuyo tipo más perfecto es el campesino, es descendiente de la antigua Dacia, bajo cuya denominacion comprendieron los antiguos no sólo la actual Valaquia, sino la Moldavia, el Banato de Temeswar y la Transilvania. Cuando, á consecuencia de la derrota de Decebalo, la Dacia fué declarada provincia romana, las tierras de los vencidos fueron repartidas á los vencedores soldados de Trajano, que fundaron una colonia en esa region. Las huellas de esta ocupacion que duró un siglo y medio, no se han borrado del todo. Aun hoy dia los campesinos válacos se llaman á sí mismos *rumanos*, se saludan con la palabra *frater* y titulan á su país *zara roumanesca* (tierra romana). Su idioma, dulce como el italiano, parece un degenerado latin; y difícilmente se concibe que despues de haber pasado por tantas y tan diversas dominaciones, desde la de los godos y de los hunos, hasta la de los turcos, á cual más tiránica y sangrienta, la primitiva poblacion haya cambiado tan poco de tipo y de costumbres. El traje, sin embargo, de los aldeanos, conserva alguna prenda que recuerda la dominacion de los turcos; circunstancia más visible entre los *Cigains* ó bohemios, que habitan en gran número el país y se dedican principalmente á coger partículas de oro en las arenas de sus rios, domesticar osos, vender remedios empíricos para las bestias, producir carbon, ó vagabundear á expensas de la caridad pública.

EL CIERVO HERIDO, por C. Kroner

El ciervo herido mortalmente por el plomo del cazador, busca un refugio allí donde ni siquiera encontrará una tumba. En vano la abundante maleza que dificulta el paso en la selva secular, opondrá momentáneo obstáculo á los encarnizados perseguidores del pacífico cuanto codiciado animal. El lebrel sigue su pista, dirigido por su instinto y aguzado por el látigo del ojeador, y los pacíficos compañeros del fugitivo, despues de haber dirigido á este una mirada de sorpresa y de compasion, pedirán á sus largas y descarnadas piernas la salvacion del peligro que presienten. Seguidamente aparecerán los cazadores, precedidos por la jauría envalentonada por el éxito, y el feliz habitante de la selva morirá de muerte horrible, simplemente para distraer el fastidio de unos cuantos señores. Francamente, no se puede ser ciervo, es decir, no se puede ser débil.

EL MATRIMONIO DE FIGARO, por Herman Kaulbach

La analogía del sentimiento artístico se demuestra en la sucesiva trasformacion de las manifestaciones del genio. Todas las grandes figuras, históricas ó inventadas, todos los grandes sucesos ó concepciones, han revestido sucesivas y distintas formas. Semíramis y Edipo, lo mismo que Don Juan Tenorio y la Dama de las Camelias, han pasado por el libro, por la música y por el lienzo. Y esto prueba que lo verdaderamente sentido, lo verdaderamente inspirado, es fuente de sentimiento y de inspiracion para cuantos sienten y se inspiran. El insigne Beaumarchais escribió, sobre un asunto español, su celebrado *Matrimonio de Figaro;* y al poco tiempo Dapont hacia con él un libreto para ópera, que ponia en música, nada ménos que el eminente Volfango Mozart. Las letras y la música se inspiraban en unas mismas situaciones, y hoy Kaulbach se ha inspirado en el mismo tema que inspiró á Mozart y á Dapont. El pintor ha escogido la escena en que Querubin, el paje niño, dirige, en su cancion, á la condesa de Almaviva ciertos conceptos de que el conde no pudiera estar muy satisfecho. Querubin, empero, es un niño, por más que el niño del cuadro sea algo grandullon, y la intriga de amor, áun descubierta, no produjo en el esposo ofendido el efecto de una explosion intempestiva. El conjunto del cuadro es agradable y simpáticos sus personajes.

EL POLO NORTE, por Alberto Rieger

Este grabado da una perfecta idea de esa region del mundo, verdadero circo donde han luchado, y por desgracia muchos de ellos fallecido, los más osados campeones de la ciencia geográfica. Si el poeta Horacio decia de los primeros navegantes que sin duda debieron ser de roble y estar ceñidos de triple coraza, ¿qué le cabria decir de esos valientes y entusiastas marinos y naturalistas que han recorrido y recorren esas inhospitalarias regiones, en busca de un paso con que hacer más breve el comercio de los hombres? Y el paso existe sin duda; un ilustre dinamarqués ha tenido no ha mucho la inmensa suerte de franquear todos esos escollos y salir del laberinto de hielo en que han hallado tumba, tan noble como ignorada, muchos de sus predecesores. En esos mares congelados, en ese verdadero archipiélago donde los témpanos son islas flotantes y las montañas de nieve corren verti-

ginosamente empujadas por corrientes infranqueables, todo se conjura contra el hombre; el frio, el hambre, la sed, las enfermedades mortales... Y el hombre, sin embargo, no desiste de su empresa, el hombre se siente superior á todos esos enemigos, y si muchos exploradores del Polo hallan en los desiertos de hielo la muerte de Franklin, la ciencia agradecida inscribe sus nombres en el libro de oro de la inmortalidad.

LA NIEVE

Novela microscópica

POR ENRIQUE PEREZ ESCRICH

CAPITULO PRIMERO

Donde empieza la narracion

Querido lector: voy á referirte una historia, que de seguro te pondrá los cabellos de punta, exceptuando en el respetable caso de que seas calvo; porque si eres calvo, retiro todas las alusiones que tengan pelos, y te recomiendo el aceite de bellotas.

Mi relato es triste como una lamentacion de Jeremías, lacrimoso como las plañideras de Israel, interesante como la madre de los Macabeos, melancólico como las baladas alemanas y puro como la blanca nieve que corona la cima del Himalaya.

Yo he reunido en el fondo de mi *tintero* los materiales más preciosos que se necesitan para *tejer* la fábula de una de esas novelas, que en el *caló* de las exageraciones literarias se llaman *perlitas;* y os aseguro que, ó no entiendo una palabra de *inflar perros*, ó la presente historia probará á las generaciones venideras, que el autor del *Maestro de baile* era un *muchacho* muy aprovechado.

Yo siento mucho alabarme, pero qué diantre, si se permite á un diputado ofrecer á sus electores la felicidad del distrito, y se consiente que luégo sólo se ocupe de la suya; justo es que á mí se me permita decir que mi novela es muy buena, porque despues de todo, un elector puede sacar la cabeza rota y quedarse sin el estanco ofrecido; y mis lectores aunque vean defraudadas sus esperanzas, no sacarán de seguro ningun hueso magullado.

Voy, pues, á entrar de lleno en el asunto, exponiendo ántes los materiales que poseo para el desarrollo de la presente fábula.

Cuento con el silencio religioso de los campos, con el imponente misterio de la noche, con la poética luz de la luna, cuyos rayos de plata se quiebran como madejas de hilado cristal entre las movibles copas de las encinas, con la purísima blancura de la nieve que cubre la tierra, con el aullido amedrentador de los famélicos lobos, con la apreciable colaboracion de don Prudencio *Re-la-mi-do*, profesor de canto llano, *festero de pueblo*, tenor *místico*, cuya voz á pesar de sesenta años de *gorgoritos* si resonara bajo las anchurosas bóvedas del Vaticano causaria la delicia del Padre comun de los fieles. Cuento tambien, con el virginal apoyo de Angelita, nieta del profesor de música *Re-la-mi-do*, niña angelical de diez años de edad, tiple *absoluta* de la compañía, que viste de muchacho para evitar la maledicencia proverbial de los pueblos; con Saturnino *Corchea*, violin que sabe arrancar á su instrumento todos los sonidos que arrullaron el sueño del patriarca Noé durante los dias de navegacion en el *arca santa;* con Pablo *Sostenido*, fagot de la fuerza de *doscientos caballos*, que levanta las baldosas de las aceras con los sonidos de su instrumento, y con Palmacio *Semifusa*, clarinete que siendo uno, suena como tres en las ocasiones solemnes.

Si con estos elementos y el ingenio que me ha concedido la naturaleza no escribo una novela llena de vida, de color, de interés, en fin una novela de esas á lo Jerónimo Paturot, les autorizo á ustedes para que me den la licencia absoluta en el *feo vicio de escribir* para entretener el ocio de los desocupados.

Se levanta el telon.

La luz de la tarde declinaba hácia occidente enviando á la tierra su adiós de despedida, miéntras que por oriente las primeras sombras de la noche iban avanzando por un cielo plomizo, ansiosas de apoderarse del imperio de las tinieblas.

Habia nevado mucho; las caprichosas quebraduras de los barrancos, las redondas marañas, las copudas encinas se veian festoneadas con ese vapor que se hiela y condensa en la atmósfera para caer despues convertido en blancos copos sobre la tierra.

Las veredas, los caminos abiertos por el pié ó la piqueta del hombre, habian desaparecido bajo el blanco sudario. El panorama era triste, melancólico, hacia pensar en la muerte, porque el calor es la vida y el frio es la muerte y aquella tarde el frio era extremado.

Bordeando las faldas de un monte, con paso inseguro y medroso, como el que teme que se abra bajo sus piés la boca de un insondable precipicio, caminaban con la frente inclinada á la tierra y el pensamiento puesto en Dios cuatro hombres y un niño.

Los pobres caminantes á juzgar por el macilento aspecto de sus fisonomías, parecian hallarse envueltos en una aureola de profunda tristeza; era indudable que esa hermosa flor de la esperanza que vivifica el espíritu y fortalece el cuerpo les iba abandonando.

Sus abigarrados trajes, mezcla de caballero y mendigo, y unos objetos que ocultaban cuidadosamente debajo de sus abrigos, les daban un aspecto verdaderamente extraño.

El más viejo caminaba delante llevando de la mano al niño, cuyo rostro angelical y largos cabellos rubios, salpicados de copos de blanca nieve, le imprimian una expresion de infinita ternura.

Aquel infeliz niño debia tener mucho frio, á juzgar por el amoratado color de sus mejillas y los estremecimientos que de vez en cuando sufria su cuerpo mal abrigado, bajo los pliegues de una capa sin esclavina de raido y agujereado paño. Detrás del viejo y del niño caminaban tres hombres que, sin duda ménos prácticos en el terreno que el anciano, que les servia de guía, iban buscando las huellas que dejaba en la nieve para apoyar en ellas los piés.

Estos viajeros eran unos pobres músicos mártires de la ritmopea, que iban á amenizar las fiestas del santo á un pueblo cercano, con los acordes de sus instrumentos y los melodiosos ecos de sus voces.

El jefe y director de esta desvalida caravana tendria unos sesenta años de edad; su semblante tímido, lleno de uncion, su mirada dulce, sus venerables canas, le hacian simpático á primera vista. Llevaba un montecristo gris que apénas le llegaba á las rodillas, una bufanda de estambre y un mugriento y raido sombrero de copa alta, cuyas alas se doblaban bajo el húmedo peso de la nieve.

Los demás vestian por el estilo, como visten esos pobres músicos de la murga, que viven muriendo, dando serenatas á domicilio y celebrando regocijos, fiestas y alegrías, de las que desgraciadamente no disfrutan nunca.

Resumiendo, nuestros ateridos caminantes, no eran otros que los que hace poco hemos designado con los nombres de don Prudencio *Re-la-mi-do*, su nieta Angelita, el violin *Corchea*, el fagot *Sostenido* y el clarinete *Semifusa*.

En los semblantes de nuestros infelices héroes se hallaban impresos todos los característicos síntomas del frio desconsolador que sentian sus cuerpos y los preludios del hambre que mortificaban sus estómagos.

Sin embargo, seguian en silencio y sin protestar á su maestro, con la resignacion del mártir que ha hecho de antemano el sacrificio de su vida, resignacion más sublime si se quiere, pues ninguno de ello tenia la esperanza de que le canonizara la Iglesia.

La noche miéntras tanto avanzaba á pasos de gigante. El porvenir para los infelices *festeros* era desconsolador, pavoroso.

De vez en cuando, algun suspiro huyendo del infortunado cuerpo que lo encerraba, rompia el monótono silencio de la noche.

La niña que iba temblando cogida de la mano de su abuelito, cansada sin duda del mutismo de sus infortunados compañeros de viaje, preguntó con una voz de querubin muerto de frio:

—¿Falta mucho, abuelito, para llegar al pueblo?

—Hija mia, debe faltar poco,—contestó el anciano exhalando un suspiro que encerraba todo un poema de ternura,—pero si te cansas te llevaré en brazos.

—No me canso, pero tengo frio.

El anciano se quitó la bufanda y la arrolló cuidadosamente por el cuello de la niña.

—Pero usted se queda desabrigado,—exclamó Angelita.

—Bah,—añadió don Prudencio haciendo un esfuerzo para sonreirse,—la noche es templada, yo no tengo frio.

Y al decir esto un estremecimiento involuntario agitó su cuerpo y dos lágrimas heladas cayeron de sus ojos, rodando por sus venerables mejillas.

—Señor don Prudencio,—dijo el fagot con una voz de trueno cuyo eco fué á perderse en las concavidades de los barrancos,—yo creo que usted ha equivocado el camino, y si no encontramos pronto el pueblo, si nos vemos precisados á pasar la noche en la falda de esta montaña, yo le aseguro á usted que mañana en vez de ser músicos seremos sorbetes.

—Amigo don Pablo, siempre ha sido en usted la exageracion una cualidad preferente,—contestó el anciano dejando asomar á sus labios la dulce sonrisa de la resignacion.

—Pues mire usted, maestro—añadió el clarinete—no deja de tener razon el fagot.

—¡Razon! Razon y media digo yo que tiene, nos hemos extraviado, estamos perdidos, ni la bula de Meco nos salva,—exclamó tiritando el violin.

Aquello empezaba á ser un principio de insurreccion.

—Vamos, vamos, no hay que desanimarse—repuso tímidamente el maestro—Dios es bueno, Dios no olvida nunca á los que ponen en él su confianza.

—Sí, confia en la Vírgen y no corras,—repuso el fagot como hombre que ve en derredor suyo un porvenir negro como las alas de un cuervo.—Si usted no tenia seguridad de conducirnos al pueblo debió decirlo y entónces hubiéramos buscado un guía ó nos hubiésemos quedado á dormir en la venta.

—Pero, amigo *Corchea*, cuando una nevada de esta naturaleza cae sobre la tierra, los hombres más prácticos se desorientan; pero sigamos adelante, Dios querrá que encontremos el pueblo, no debe estar léjos; ánimo, amigos mios, bien sabe Dios que no por mí, sino por ustedes y esta pobre niña siento mi torpeza.

—Tengo frio, abuelito, pero mucho frio,—repitió la niña,—parece como que se me duermen las piernas.

—Ven, hija mia, ven; te llevaré en brazos abrigadita debajo de mi carrik. Cuando lleguemos al pueblo, mandaré que pongan mucha leña en la chimenea y verás qué gusto, qué placer tan inmenso causa el calentarse cuando uno tiene frio.

Y el pobre anciano que lloraba en silencio, sin lamentarse, no por el frio que entumecia su cuerpo, sino por el que sufria su adorada nieta, encorvó su cuerpo hácia la tierra para coger entre sus brazos á aquel pedazo de su alma.

—Eso no,—dijo el fagot sin dejar su entonacion malhumorada—usted es muy viejo y va ya cansado, yo soy jóven y fuerte, además tengo capa y puedo taparla con el embozo; ven, Angelita, ven, pobre niña; temprano empieza para tí el calvario de la vida.

Y el fagot cogió la niña y la rebujó debajo de su capa con cariñosa solicitud.

Angelita dejó caer su hermosa cabeza de serafin sobre el pecho protector de Pablo y se sonrió como el ángel que se dispone á dormir.

En los ojos del anciano, llenos de lágrimas, brilló una mirada de esas que el lenguaje de los hombres no tiene palabras con que describir; aquella mirada era el alma del pobre abuelito que asomaba á sus pupilas, demostrando toda la gratitud, toda la ternura que le inspiraba el protector de su nieta.

—Gracias, amigo Pablo, gracias,—murmuró el anciano con un acento que parecia un gemido,—la madre de esta niña intercederá por nosotros desde el cielo.

Y don Prudencio besó respetuosamente la fimbria de la raida capa con que aquel compañero de infortunio procuraba abrigar el helado cuerpo de Angelita.

Los músicos continuaron marchando por su vía dolorosa.

De pronto llegó hasta sus oídos el eco de una lamentacion larga, prolongada, quejumbrosa, y todos, como si obedecieran á una misma voluntad, detuvieron el paso y se quedaron mirándose.

Hubo una pausa, una de esas pausas que oprimen el espíritu, porque ocultan con su enervador silencio un peligro que la razon no acierta á definir.

Por segunda vez escuchóse á lo léjos, pero en sentido opuesto, el mismo ¡ay! quejumbroso y luégo otro, y otro, y otro, como si aquellas lamentaciones arrancaran pavorosos ecos á las concavidades de los barrancos.

Los infelices músicos se agruparon los unos á los otros, obedeciendo á ese espíritu de union que se desarrolla en todos los séres vivientes cuando se creen amenazados de un gran peligro.

Los lamentos inexplicables continuaban interrumpiendo el imponente silencio de la noche, pero se oian más cerca, como si ganaran terreno, como si avanzaran, como si quisieran envolver en un círculo de gemidos el dolor de los pobres caminantes.

—Parece que se queja alguno,—dijo el violin.

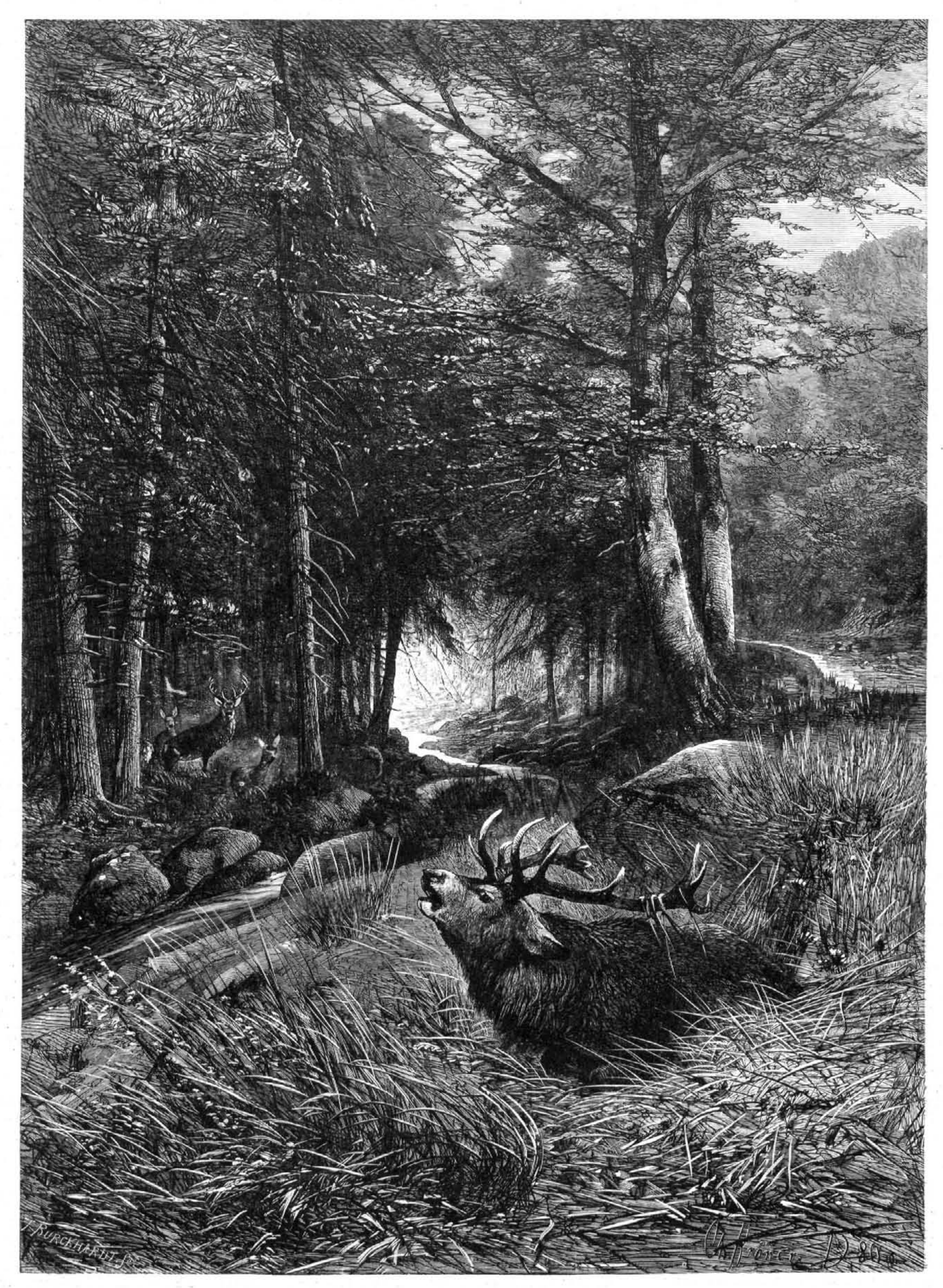
—No es uno, son varios,—añadió el clarinete.

—¿Qué podrá ser?—preguntó el fagot.

—Amigos mios,—añadió el anciano elevando dolorosamente los ojos al cielo,—esas lamentaciones me anuncian algo más terrible que la noche, que la nieve, que el hambre. Son los lobos, los famélicos lobos que vienen por su presa.

—¡Los lobos!—exclamaron con espanto los infelices músicos.

—¡Los lobos!—repitió Angelita levantando su hermosa cabeza como si obedeciera á esa curiosidad



EL CIERVO HERIDO, por C. Kroner



EL MATRIMONIO DE FIGARO, por Herman Kaulbach

peculiar de la infancia.—¡Los lobos! yo no los he visto nunca; ¿me harán daño, abuelito?

En este momento se vió aparecer en la cima de un monte la silueta de un lobo. Allí se detuvo, reconoció el terreno, levantó luégo la cabeza moviéndola á derecha é izquierda, como si venteara, y abriendo su repugnante boca formuló esta lamentacion:

—Ña...ña...ña...ña...ah...u...u...u...

Estas notas estridentes, amedrentadoras, que parecian producidas por el choque de dos planchas metálicas, se repitieron en varias direcciones; pavoroso concierto que heló la sangre de los pobres viajeros.

El lobo que se habia presentado en la cima del monte era el lobo explorador, el más viejo de la manada, el que olfatea la presa á doble distancia que alcanza su penetrante mirada, en una palabra, el jefe, el rey absoluto, sólo que este rey, cuando llega el peligro, se queda á retaguardia y manda atacar á los súbditos jóvenes.

La presencia del carnívoro habitante de las breñas y de los bosques esparció el terror entre los infelices músicos, y Dios sólo sabe lo que hubiera sido de ellos, obedeciendo los perniciosos consejos del pánico que les impulsaba á la fuga, á no detenerlos don Prudencio con estas palabras:

—Amigos mios, la fuga es inútil, los lobos corren más que los hombres, y cuando se huye delante de ellos se enardece su ferocidad y la muerte es segura, pero una muerte espantosa, horrible; quietos aquí y valor; para defendernos de los enemigos que nos rodean contamos con armas poderosas; recordad los prodigios del arte divino de la música, recordad á *Tomiris* que deleitaba á las musas, á *Terpandro* que contenia con los acordes de su lira las sangrientas sediciones de Macedonia, á *Empédocles* que con las melodías de su instrumento arrancaba el arma de las manos de los suicidas, y al divino *Orfeo*, al hijo inmortal de *Apolo* y de *Caliope*, aquel inolvidable autor de la cítara, que por oirle los árboles, las rocas dejaban sus puestos, los rios detenian su curso, y las fieras se reunian en torno suyo, siguiéndole como mansos corderos. Así, pues, empuñad vuestros instrumentos, sólo Dios y la música pueden salvarnos en este trance aflictivo. Angelita, hija de mi alma, canta con tu abuelito la plegaria de la Vírgen que tantas veces hemos elevado al cielo en las rogativas de los pueblos, y ustedes, mis queridos compañeros, acompañen con la fe de verdaderos creyentes nuestro canto religioso.

Las órdenes del maestro fueron obedecidas. Los músicos desenfundaron sus instrumentos: el valor, la esperanza comenzaba á reanimar sus corazones.

Don Prudencio cogió á su nietecita en sus brazos, la besó con ternura, y con la misma gravedad que si se hubiera hallado en el coro de una iglesia dirigiendo la parte musical de una fiesta religiosa, levantó la mano derecha á la altura de la frente, la extendió luégo hácia adelante y dijo:

—Vida y compás. Una... dos... tres... ahora.

El violin, el clarinete y el fagot, enviaron sus notas al aire con una precision que no habian podido conseguir nunca en su larga vida de mártires de la ritmopea.

El himno religioso, composicion del maestro don Prudencio *Re-la-mi-do*, llenó los anchurosos ámbitos de aquel vasto teatro construido por la naturaleza, interrumpiendo el silencio majestuoso de la noche y mezclándose de un modo extraño con los aullidos aterradores de los lobos.

Miéntras tanto elevándose al cielo por encima de las notas musicales y de los estridentes aullidos de las fieras, se oyeron las voces de Angelita y de su abuelo que cantaban la siguiente plegaria:

¡Oh, Vírgen María!
¡oh, estrella ejemplar!
tú que endulzas la amaiga agonía
del sér desvalido
que vaga perdido
por tierra y por mar,
vuelve, Madre, tus ojos de cielo
do anida el amor
y concede piadosa á mi duelo
tu amparo y favor.

En este momento asomó otro lobo en la cima de la montaña, y luégo otro, y otro, y otro. Allí se reunieron muchos, más de veinte. Luégo se agruparon, como si combinaran en silencio la manera de atacar la presa que sus fosforescentes ojos contemplaban con codicia.

Despues comenzaron á descender pausadamente por la falda, formando una media luna en direccion á los desvalidos músicos, que con los cabellos erizados y los cuerpos unidos espalda con espalda, veian con terror aquellas movibles ascuas de fuego que se iban acercando y acercando, miéntras ellos esperaban resignados la muerte, entonando el himno á la Vírgen, única esperanza que les quedaba en la tierra.

(Continuará)

LAS CANAS

Yo creia que no habian de llegar nunca.

Cuando mis antiguos compañeros de colegio me decian:—«Pero, hombre, ¿cómo te arreglas para no tener canas?»—una dulce alegría me retozaba por todo el cuerpo y sonreia con el orgullo de los privilegiados. ¡Infeliz! Ignoraba que el tiempo es enemigo mortal de todos los privilegios.

Y tan ciega es la vanidad del hombre que el dia que tuve la primera cana recuerdo que le pasé mirándola con el desden más profundo. Eso sí, sola en medio de la revuelta y espesa barba, parecia desafiarme con insolente descaro; pero yo, que tenia la conciencia de mi poder, contentéme con estrujarla entre mis dedos y hundirla en el negro abismo á que la desdichada se habia aventurado. Cierto que á cada instante sacaba la cabeza para burlarse de mí y que á veces, arrebatado por la ira, eché mano á las tijeras para castigar su tenacidad absurda; pero al fin concluia por mirarla con la compasion que los grandes suelen sentir hácia los pequeños.

Sin embargo, al dia siguiente cesó en mi corazon todo sentimiento generoso. Aquella enemiga de mi juventud se aparecia ante mis ojos con una insolencia verdaderamente insufrible. Cogí las tijeras y la hice besar el polvo de la alfombra.

Desdichado el mortal que lucha con el tiempo. El tiempo es el vencedor eterno de la vida humana. Contra él no valen artes, poder, voluntad, vigor, riquezas ni filosofías. Pesa y pasa sobre todas las cosas de la tierra, y para vencerle, hay que flotar sobre él con las alas invisibles del espíritu creyente y fervoroso. De frente al tiempo nada puede ponerse sino lo que hay de impalpable en nosotros mismos. Pero lo que halaga nuestros sentidos, lo que tocamos, lo que vemos, lo que oimos, ¡cómo ponerlo en lucha con el tiempo!

¿Cuánto mejor es dejarnos guiar por él hasta los umbrales de la tumba, como el niño obediente se deja guiar por su madre hasta los umbrales de la razon, que no entregarnos á una derrota segura?.... Pero los mortales no pensamos de esta manera, y si somos capaces de sufrir las leyes tiránicas del mundo, jamás sufrimos con resignacion las leyes naturales del tiempo.

De aquí la rebeldía á reconocer la oportunidad de la primera cana, huésped insolente que recibimos de malditísima manera, sin comprender que su aparicion es nuncio de paz y respeto, de amor puro y desinteresado, de esperanzas positivas y de aspiraciones nobles y grandiosas.

Las primeras canas siempre son prematuras. Esto lo ha inventado la soberbia del hombre y la coquetería innata de la mujer. ¡Quién se cree con edad suficiente para empezar á tener canas! Por tarde que lleguen, siempre llegan pronto. Por eso nos apresuramos á combatirlas. Nos duele ménos el martirio de arrancarlas que la vergüenza de tenerlas.

¡Ah! Pero ellas son hijas del tiempo y tienen la tenacidad de su padre. Hermanas cariñosas, se vengan unas á otras inmediatamente con ensañamiento terrible. Por una que sucumbe, aparecen ciento en el campo de batalla hasta que el mísero mortal, desengañado y vencido, tiene que cantar la palinodia ó aceptar el papel del segundo de estos personajes de la comedia *Achaques de la vejez:*

—Ya están mis cabellos canos!
—¡Los mios *no están cabellos!*

Y ¡cosa rara! cuando el iniciado de viejo se cansa inútilmente de andar á caza de cabellos blancos, porque la invasion es completa, entónces suele dedicarse á la caza de cabellos negros, no por amor á las canas, sino por amor á sí mismo. ¡Sienta tan bien una corona de rizada nieve ó de peinados hilos de plata! Entónces y sólo entónces es traer á cuenta la veneracion profunda, la respetabilidad extraordinaria que infunden los invasores atrevidos de nuestro engomado bigote y abrillantada barba. Las que ántes fueron combatidas son ahora ostentadas con orgulloso alarde; pero solas, completamente solas, sin mezcla negra, roja ni castaña. La estética exige en estos casos lo que ciertos políticos: *ó todo ó nada.*

Una jóven muy guapa me decia en cierta ocasion:

—No sé lo que daria por tener el cabello completamente blanco.

—¿Tan cansada está V. de la vida?

—No señor: de los polvos de arroz.

Calculen nuestros lectores lo que rabiará esta mujer cuando sus deseos se hayan cumplido.

La blancura de las canas debia hacer que el hombre viese más claro y suele ocurrir todo lo contrario: que ve más turbio. Tan turbio que se tiñe. Comprendemos que el hombre llegue hasta el *bisoñé:* el frio lo exige; pero..... ¡nivelarse con un pañuelo de Manila....! es debilidad que pasa de castaño oscuro. El que se tiñe la barba, el bigote y el cabello es como una moneda falsa que circula algun tiempo, pero que al fin y al cabo muere clavada en un mostrador. El que se tiñe no muere clavado en ningun mostrador; pero sí en la picota del ridículo, que es más grave.

Y lo peor en estas cosas, como en otras muchas, es empezar. Desgraciado del que se *falsifica* las primeras canas. Concluirá por falsificarse en absoluto.

Y no es que nosotros desconozcamos el mérito de los hombres de ciencia que han puesto la juventud al alcance de un bote de cuatro pesetas; es que no aceptamos la mejora hasta que no venga en estos términos:

Tintura para teñirse y desarrugarse.

Entónces proclamaremos una vez más y á voz en grito el progreso del siglo XIX, y echando una *cana al aire* que es la manera mejor de traerlas más pronto, diremos:

¡Bien haya esta edad maravillosa que le permite al hombre engañarse á sí mismo con tan deleitable complacencia!

¡Bendita esta edad de los inventos que lo trasforma todo, todo, hasta el sentido comun!

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA

NOTICIAS GEOGRAFICAS

VOLCANES DE FILIPINAS.—Nadie ignora cuán ricas son estas islas en volcanes, y especialmente Luzon, la tierra más magnífica de este magnífico archipiélago. Enumeremos rápidamente estas montañas ignívomas, que por fortuna no todas están en actividad, hallándose muchas de ellas extinguidas y otras en estado de azufral ó solfatara.

En el norte del archipiélago hay tres volcanes activos, uno de ellos nuevo, en el grupo de Babuyanes, los cuales son: el Babuyan claro, continuamente activo, el Camiguin, en estado de azufral, y el Dedica, escollo surgido en 1856. En Luzon y al norte del brazo de mar que separa á esta isla de Babuyanes, tenemos el monte Cagua, de 1,195 metros de altura, del cual sale una perenne humareda.

Este es el primer grupo de volcanes de las Filipinas. El segundo es el de los montes Ilocos y de Pangasinan, en los cuales descuellan muchos volcanes apagados, siendo los principales el Monte Data, al cual no ha subido todavía ningun europeo, el Monte Aringay, de 1,950 metros, y el Arayat, hermoso cono doble de 878.

El tercer grupo se halla en la parte central de Luzon, cuyos volcanes están extinguidos, excepto el célebre Taal de 234 metros de altura y tres cráteres, volcan que en muchas ocasiones ha sembrado el espanto y asolado el país, y que cuando el último terremoto de Manila en 1880, despidió grandes columnas de humo: el Pico Butilao, el del Corregidor, el Pico de Loro, el Mahaghay ó Bonahao, cuya existencia como volcan no se sospechaba, cuando en 1730 tuvo una terrible erupcion; el San Cristóbal, el Maquiling, con aguas termales en su base, el volcan de barro de Natanos y el Malarayat, casi todos ellos hoy extinguidos.

La península de Camarines es la comarca de Luzon más abundante en volcanes, siendo los más temibles el Mayon y el Bulusan. El primero, llamado tambien volcan de Albay, tiene 2,374 metros y ha causado en muchas ocasiones terribles estragos, particularmente cuando la erupcion de 1814 que costó la vida á 1,200 personas en un solo dia é inundó á Manila de cenizas. El Bulusan es más «inocente,» y se le creia extinguido, cuando en 1852 y en 1880 volvió á despedir humo y vapores.—Los volcanes apagados de la misma península son tantos, que renunciamos á enumerarlos por no pecar de prolijos.—Para concluir con lo que se refiere á Luzon, mencionaremos el volcan submarino que apareció en julio de 1880 entre la costa oriental de esta isla y la de Polillo. A su aparicion, que coincidió con el terremoto de Manila, causó notables daños en el distrito de la Infanta; pero hoy parece apagado.

Todo el grupo de las Visayas es de orígen volcánico, excepto Cebú y Bohol; sin embargo, no se conoce en él más que un volcan en actividad, el de Malespina, del cual se sabe muy poco: el doctor Samper calcula su altura en 5,000 piés.

Cerca del litoral norte de Mindanao, el volcan de Camiguin, que no debe confundirse con el del mismo nombre en Babuyanes, es tambien poco conocido: tuvo una erupcion en 1871. En las Visayas hay otra porcion de volcanes extinguidos, pero no se sabe á punto fijo su número.

Quedan los de Mindanao, isla todavía poco explorada, á la cual se atribuyen tres volcanes activos, el Sugut ó volcan de Polloc, el Apo ó volcan de Davao, y el Sanguil, el segundo de los cuales tiene 3,030 metros de altura.

* * *

Quien desee contemplar tipos australianos, negros ó mogoles, no necesita trasladarse á los remotos países habitados por estas razas, bastándole para ello hacer un viaje por la meseta central de Francia y particularmente por la region montañosa de la Auvernia.

En este país hay tipos humanos de gran inferioridad; con arcos superciliares enormes, dientes muy proñatos, brazos largos, fémures cortos, cabellos recios y tiesos, ojos movedizos y hoscos, y expresion dura y salvaje. Vense allí individuos de cara achatada y mongoloide, de ojillos pequeños y oblicuos y amarillenta tez. Como si esto no bastara, se han observado en las gargantas profundas de las altas montañas, mujeres muy velludas, casi tan barbudas como los hombres, individuos con seis dedos en las manos y en los piés, otros con dos ventrículos en el corazon que comunican entre sí, y otros con una apófisis especial en la parte anterior é inferior del húmero.

Los caractéres morales de esta gente están en relacion con los físicos. Aquellos auverneses son feroces, brutales y de inmunda rapacidad. Sus malos instintos no tienen explicacion sino admitiendo que al elemento «liguroide» predominante en ellos, se ha agregado el de los malhechores expulsados de las regiones civilizadas, y que han encontrado refugio en el país. Esta raza mixta es grosera, taciturna, desconfiada: la region de los Puys es la de las cuchilladas y de los infanticidios: la simpatía por los delincuentes se ha convertido allí en instinto. Seguramente no hay localidad en Francia que haya dado más gente para el patíbulo que la del caserío de la Marse, cerca de Gelles, cuyos hijos van fuera del país á cometer sus crímenes, cosa rara, pues los malhechores, por lo general, apénas se alejan de su residencia. La criminalidad varía segun los cantones; aquí es el asesinato, allá el incendio, acullá el robo, más léjos predominan la falta de respeto á los mayores ó la más desenfrenada crápula. Aun no hace muchos años que los habitantes de las cuevas de Perrier ofrecian sus hijos á los viajeros por una cantidad insignificante, todo lo cual no tiene nada de extraño, dada la abyecta desmoralizacion ó mejor dicho, la falta absoluta de sentido moral de esas gentes.

La papera es bastante comun en dichas regiones, así como los casos de idiotismo. Segun datos, parece muy probable que el sexto dedo, que tampoco es una rareza en los departamentos del Corrèze, Lozère y Cantal, y que va siempre unido á otras singularidades anatómicas, sea atributo más especial de los malhechores que de los demás individuos.

DICHOS Y HECHOS

Criticaron á un hombre virtuoso porque habia hecho limosna á un pobre que tenia fama de ser un pícaro, á lo cual contestó el bienhechor:

—Estais en un error; yo no he hecho limosna al pícaro sino al desgraciado.

***

Cierto perillan fué conducido ante el comisario de policía por borracho y alborotador nocturno.

—¿Qué oficio tiene V.? le preguntó aquel funcionario.

El tunante, despues de reflexionar un rato, contestó:

—¿Qué oficio?... Mi mujer es lavandera.

***

Un periódico extranjero de provincia ha publicado la noticia siguiente:

«Tres ladrones, apostados en un camino, sorprendieron ayer á un gendarme, descargándole tan fuertes golpes que dieron con él en tierra, despues de causarle una gravísima herida en la cabeza. Témese que sea preciso hacerle la amputacion.»

***

Una señora tenia convidados á su mesa, y para obsequiarlos encargó á la cocinera que comprase una pava. Hecha la compra, la sirvienta la presentó á su señora, la cual examinó el ave, meneando la cabeza en ademan de no quedar muy satisfecha.

—Señora, le dijo entónces la fámula, cuando la pava esté bien rellena y trufada, ya verá V. cómo produce buen efecto; es lo mismo que cuando V. se pone sus alhajas.

***

El director de una revista semanal callejera al secretario de la redaccion:

—¿Sabe V. inglés?

—No señor.

—Lo siento, pero no importa. Ahí tiene V. esos periódicos ingleses, corte V. los artículos que le parezcan más interesantes, y despues me encargaré de hacerlos traducir.

***

Dos guardias civiles de caballería entran en un café.

—¡Mozo, agua! exclama uno de ellos.

—¡Agua! repite el otro asombrado, ¿y para qué?

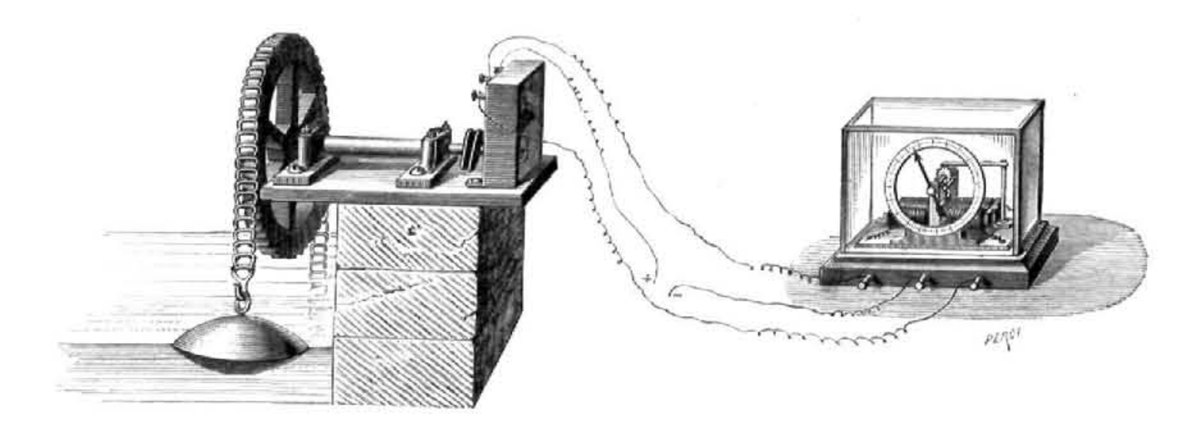
—¡Toma! Para beberla.

—¡Vaya una ocurrencia!... Pues si basta que se te mojen las botas para que te constipes, figúrate qué efecto te producirá el agua en el estómago.

CRONICA CIENTIFICA

APARATO INDICADOR DEL NIVEL DE AGUA

Los ingenieros necesitan á menudo tener en un punto lejano la indicacion del nivel actual del agua en los depósitos que sirven para abastecer las ciudades, en las grandes cubetas destinadas al servicio de las fábricas, y en las partes altas y bajas de los saltos de agua utilizados para producir una fuerza motriz.

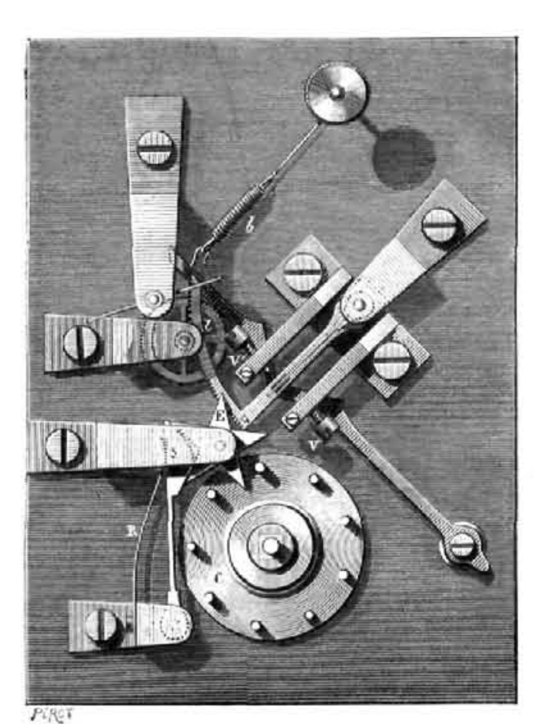


APARATO INDICADOR DEL NIVEL DE AGUA

Por eso los depósitos de la Martiniére, que surten á Saint-Chamond, se hallan á una distancia de 2,500 metros de la alcaldía de esta ciudad y de la oficina del ingeniero de caminos y canales encargado de dirigir el servicio.

El empleo de trasmisiones eléctricas se impone para este género de indicaciones, pero la dificultad del problema mecánico es mucho mayor de lo que pudieran creer las personas legas en la materia.

En Francia y Alemania se han presentado diversas soluciones, pero la que daremos á conocer se recomienda por una sencillez que las precedentes no alcanzan ni con mucho. Esta solucion, debida á M. Yeates de Dublin, está basada en el empleo de dos hilos sobre la línea.



DETALLE DEL MECANISMO

La dificultad del problema está en el hecho de que el nivel de agua sube ó baja alternativamente en cantidades del todo irregulares.

En cambio, ofrece una facilidad especial que consiste en que los movimientos del agua se efectúan con mucha lentitud; otra cosa sería si, por ejemplo, se quisieran indicar los de una veleta, pues sabido es, en efecto, que el viento salta con frecuencia de un azimut á otro muy lejano casi instantáneamente.

De una cadena Vaucanson se suspende un flotador, y un contrapeso colocado en la otra extremidad de aquella, asegura su trabajo, haciendo que los eslabones de la cadena sean cogidos continuamente por los dientes de la rueda en que engrana.

Los cambios del nivel de agua hacen subir ó bajar el flotador, de modo que la rueda dentada y su eje han de girar por lo tanto á derecha ó izquierda.

El receptor, representado en la figura 1, tiene una armadura puesta en accion por dos electro-imanes; uno de ellos corresponde á un hilo de la línea, y el segundo á otro.

Esta armadura puede tomar tres posiciones: cuando ninguna corriente actúa sobre el aparato, hállase en la vertical, que es la normal ó de reposo. Si el electro-iman de la derecha se excita, la armadura es atraida en esta direccion; el ancla que tiene en la parte superior impele la rueda de escape hácia la derecha, y la aguja avanza con ella, cesando este movimiento cuando la corriente se interrumpe. La aguja habrá adelantado dos semi-divisiones ó una entera hácia la derecha, por la emision momentánea de una corriente por el hilo de la derecha.

Cuando el electro-iman de la izquierda se excita, sucede exactamente lo mismo que acabamos de indicar.

Tenemos aquí, pues, una aguja que puede avanzar á derecha ó izquierda una division cada vez; cada una de sus posiciones corresponderá á un nivel particular del depósito, suponiéndose, por ejemplo, que los niveles se hallan espaciados de diez en diez centímetros. Fáltanos explicar el mecanismo por medio del cual se emiten las corrientes, de modo que, los movimientos del eje que lleva la aguja del receptor, concuerden con los del eje que está directamente enlazado con el flotador.

Este mecanismo se representa en la figura 2: la rueda de clavijas *C* es conducida por la extremidad del eje puesto en accion por el flotador; y las clavijas atacan los dientes de una rueda estrellada *E*, que tiene cinco puntas; la estrella se sostiene por un aspa *S* impelida por el muelle *R*.

El objeto de esta estrella y de esta aspa es producir un *todo ó nada*, es decir, que la estrella no salte miéntras la rueda de clavijas no haya alcanzado cierta posicion, impeliendo la estrella hasta el punto deseado, pues por poco que se acerque, el aspa hace retroceder la estrella, miéntras no se haya franqueado el punto: este es el *nada*. Si el nivel se alcanza, y la rueda de clavijas llega á la posicion apetecida, la estrella se presenta bajo el diente del aspa, punta contra punta; entónces el equilibrio inestable se interrumpe; el aspa impele la estrella, y esta avanza de pronto medio diente: este es el *todo*. En otros términos, el efecto podia estar á punto de realizarse, pero el nivel podia bajar despues de subir, sin haber alcanzado la señal; ningun efecto mecánico definitivo se habria efectuado en el aparato que describimos; mas apénas el nivel alcanzó la señal y la rueda de clavijas la posicion apetecida, la estrella saltó á una nueva. Esto es lo que se llama el efecto de *todo ó nada*, sobre el cual hemos debido insistir porque no es generalmente conocido.

Es preciso demostrar ahora cómo el brusco movimiento de la estrella produce la emision momentánea de una corriente en el sentido que se desea.

La misma estrella ataca, segun vemos, un rodete que se halla en la palanca *l*; sobre esta, y movible como él, hay un resorte de contactos eléctricos, que puede tocar el tornillo de platino *v* ó el *v'*, á derecha ó izquierda; la palanca *l* vuelve constantemente á su posicion media por la accion de una horquilla colocada detrás y atraida por un muelle espiral *b*.

Cuando la estrella salta por el esfuerzo del aspa, impele bruscamente el rodete y la palanca *l*, y el muelle viene á tocar uno ú otro tornillo *(v y v')*, segun que el movimiento se haya efectuado en uno ú otro sentido. En su consecuencia, enviase una corriente, bien á uno de los hilos, al electro-iman de la derecha, ó al de la izquierda, resultando de aquí que la aguja del receptor avanza en uno ú otro de estos sentidos.

Para completar los detalles debemos añadir que se ha reconocido útil agregar al aparato que acabamos de describir un amortiguador del movimiento de la palanca *l*: se compone de una paleta situada en aquella, de una rueda intermedia y de un pequeño volante: estos órganos tienen por efecto disminuir la violencia del movimiento comunicado por el aspa *s* á la palanca *l*.

Así combinado el aparato, ofrece una seguridad absoluta y es en extremo interesante verle funcionar; se acerca tanto como se quiere la punta de la estrella debajo de la del aspa, sin producir nada en el resto del aparato, y si se alcanza este límite, el salto se efectúa bruscamente. La palanca y el muelle de contacto son impelidos á derecha é izquierda segun el caso, pero se mueven con suavidad y lentitud por la adicion del volante puesto en accion por los engranajes.

El contacto es momentáneo, único, y, sin embargo, se prolonga bastante para asegurar completamente el juego del receptor.

En nuestra opinion, este indicador es un invento que honra mucho á M. Yeates. El aparato fué construido en Paris bajo la direccion de M. Bonis, mecánico muy ingenioso y hábil, que comprendió á primera vista el mérito del sistema, haciendo la aplicacion más feliz para el problema del indicador del nivel, más interesante tal vez, pero ménos difícil que el que tenia por objeto señalar la direccion del viento, planteado ya por M. Yeates.



GABRIEL MAX

Gabriel Max nació en 1840 en la histórica y pintoresca ciudad de Praga, tan notable por los brillantes paisajes de sus alrededores, como por sus belicosos recuerdos: hijo de un escultor no poco hábil, á juzgar por varios monumentos públicos de la capital de Bohemia, en que dió á conocer su mérito, estaba destinado á ejercer el mismo arte que dió renombre á su padre, pero habiendo muerto este en 1855, el jóven Max, que tenia otras aspiraciones, trasladóse á Viena, foco de las artes en el imperio austriaco. A sus primeros trabajos en el arte escultórico debe atribuirse el estilo plástico de los lienzos que despues pintó Max, y sus modeladas formas; y de su aficion á visitar las iglesias y monasterios nació sin duda su amor á los asuntos místicos y á la primitiva escuela espiritualista que habia sido trasplantada de Bizancio á Bohemia.

El jóven Max ingresó desde luégo en la Academia de Viena, cuyo director era entónces Carl Blaas, pintor de conocido mérito, mas segun parece, no se entregó á un asiduo estudio; ni tampoco hizo por el pronto una carrera brillante, tal vez porque se aficionó tambien á la música apasionadamente, llegando á tocar varios instrumentos. Sus primeros trabajos artísticos fueron doce acuarelas, tres de las cuales representaban á Beethoven, Mendelssohn y Liszt.

A los ocho años de su estancia en Viena, Gabriel Max, reunido con algunos de sus compatriotas, trasladóse á Munich; y al dejar así el Austria por Baviera, hubiérase dicho que lo hacia sometiéndose al ascendiente de aquella escuela, que lo mismo entónces que ahora, era ménos local que cosmopolita. Muchos pintores que más tarde debian ilustrar su nombre, fueron asociados y compañeros de Max en la Academia de Munich, cuyo director, Carl Piloty, sabia conciliar el realismo y el individualismo con el estilo académico de sus predecesores, Cornelius y Kaulbach; pero Max era demasiado independiente para girar en la órbita de otro, y no quiso seguir las huellas de su maestro. Sus obras revelaban que no habia profundizado mucho el pasado; su arte era demasiado moderno para ser arqueológico; trabajó en el mismo estudio con el malogrado Eduardo Kurzbauer, hasta la muerte de éste, y despues con Hans Makart; y, sin embargo, á pesar de estas circunstancias, no podria decirse que el estilo de Max es ecléctico; más bien le llamaríamos *subjetivo*, usando el término de los metafísicos alemanes.

Durante cuatro años, Gabriel Max concentró sus fuerzas, y al cabo de este tiempo asombró al mundo con su «Mártir cristiana,» cuadro presentado en la Exposicion de Munich de 1867, y al que el artista debió su fama y su fortuna. Sin embargo, esta fama sólo fué hija en un principio de la impresion primera, no echándose de ver que el sentimiento expresado en la obra pecaba de exagerado, y que el estilo adolecia quizá de excesiva dulzura; dos defectos que, ocioso parece decirlo, supo evitar despues. Por otra parte debe admitirse que el maestro nunca trata los asuntos sin hacer vibrar alguna de las cuerdas más sensibles del corazon. Las composiciones de Gabriel Max son plácidas, como las plateadas aguas de un lago, pero algunas veces las borrascas agitan la superficie, desvaneciendo por un momento su tranquila belleza.

Max no suele girar en la misma esfera que sus compañeros en el arte; algunas veces se acerca á la naturaleza, pintando los rasgos de la vida más sencilla; pero en sus lienzos no representa nunca á la pobreza vestida de harapos: hasta los más míseros han sido para él ricos, y los viste de seda y encajes; los más abyectos vuélvense cultos; y los achacosos conservan vestigios de hermosura. En resúmen, Max hace lo que los alemanes llaman «pinturas ideales.»

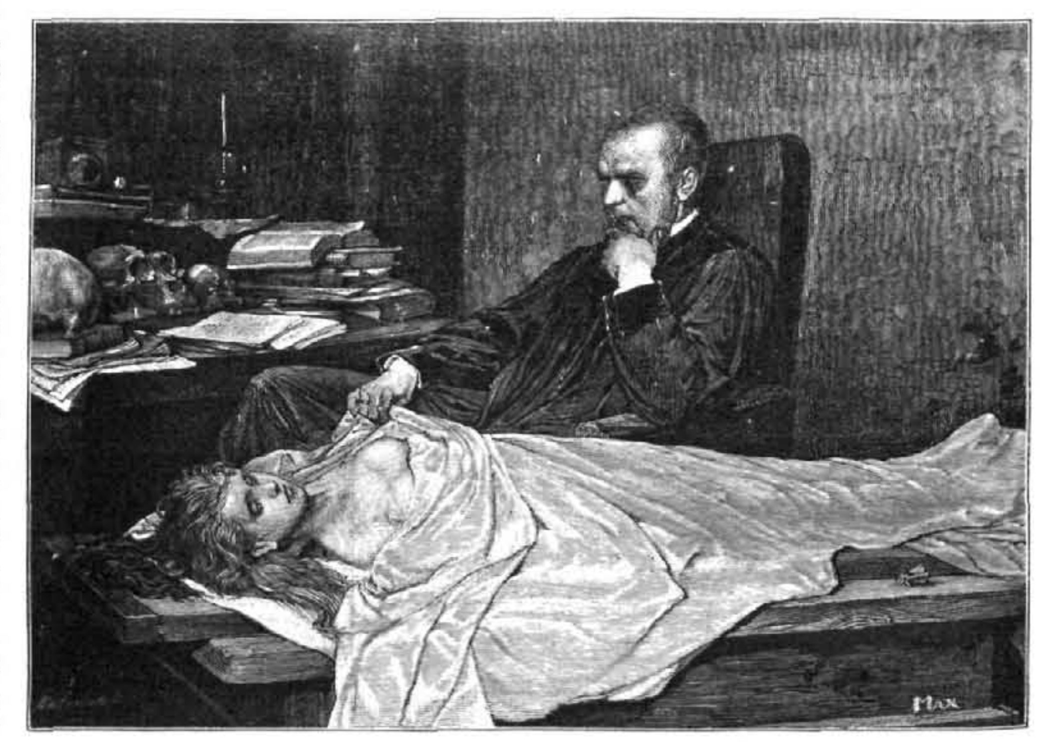
Dícese que cuando este artista tiene un modelo en su estudio, no trabaja en él de contínuo, pincel y paleta en mano, como lo hacen sus colegas, sino que se sienta dos ó tres horas para contemplarle tranquilamente, sin trazar una sola línea en el lienzo. Durante este tiempo toma notas mentales, busca ocultas significaciones, fija en su espíritu todo cuanto desea ver, y procura ignorar lo que no conviene á su propósito. Procediendo así con la naturaleza, el pintor recibe lo que da, y la concepcion una vez trasladada al lienzo, resulta ser un estudio psicológico.

Sensible es que Max no se haya dedicado más formalmente al estudio de lo antiguo: su estilo es tan plástico, sus cuadros tienen tanta analogía con las figuras que produce el cincel con el hermoso mármol de Carrara, sus formas son tan típicas y genéricas, que su contacto con las obras maestras de Grecia y Roma sólo serviria para realzar lo que es ahora poco más que ficcion y sentimiento en los tipos de la humanidad heróica de Fidias ó de Apeles.

Siempre es curioso observar cómo un pintor de figura interpreta el paisaje. Como era de esperar, nuestro artista tiene su manera especial de hacer; Max se identifica con la naturaleza; infúndela el sentimiento y el pesar; comprende que es testigo, y hasta cierto punto partícipe de los sufrimientos de la humanidad, y que todo lo creado gime bajo el peso del anatema de que todos quisieran librarse. De esta intuicion resulta que todas sus figuras y paisajes tienen la misma expresion; y así como los poetas de todas las edades han escrito églogas é idilios con palabras rimadas, así Max comunica á sus producciones la melodía por la forma y el colorido al interpretar la naturaleza.

No cabe duda que el pintor considera la existencia por su lado más sombrío, por el prisma de sus penas y dolores; y así como en el sendero se arrastra la serpiente y en la flor se oculta el gusano, así detrás del sentimiento del artista está siempre la sátira y el sarcasmo. No podria decirse, por lo tanto, que Gabriel Max se ha inspirado en revelaciones especiales de la religion: su «Madona» es poco más que una simple campesina; su «Santa Cecilia» no es sino una señorita de la sociedad moderna animada por un grado de sensibilidad superior á la ordinaria; y en su «Judas» se reconoce que está poseido del demonio. Entre sus demás cuadros, uno de los más notables es la cabeza de Cristo, retrato que supone ser el que Santa Verónica obtuvo en su pañuelo: esta pintura, expuesta hace algunos años, produjo una impresion profunda.

El exámen de las obras colectivas de Gabriel Max no deja un recuerdo profundo; pero tampoco puede negarse que algunos de sus lienzos producen sensacion, como por ejemplo, sus cuadros *El Anatómico*, *En el Coliseo* y *La Santa Faz*, que ilustran este artículo. Max es un artista que estudia con curiosidad las fases de la vida y de la muerte, que observa los nervios y músculos de la sensacion y del movimiento, que estudia las cuerdas y tejidos con la mayor escrupulosidad.



EL ANATÓMICO

Gabriel Max tiene ante sí un porvenir del que su pasado es garantía: llegado á la mitad de su carrera, ha dado ya numerosas pruebas de sus facultades, y áun cuenta muchas obras en proyecto, algunas de las cuales serán tal vez notables cuadros.

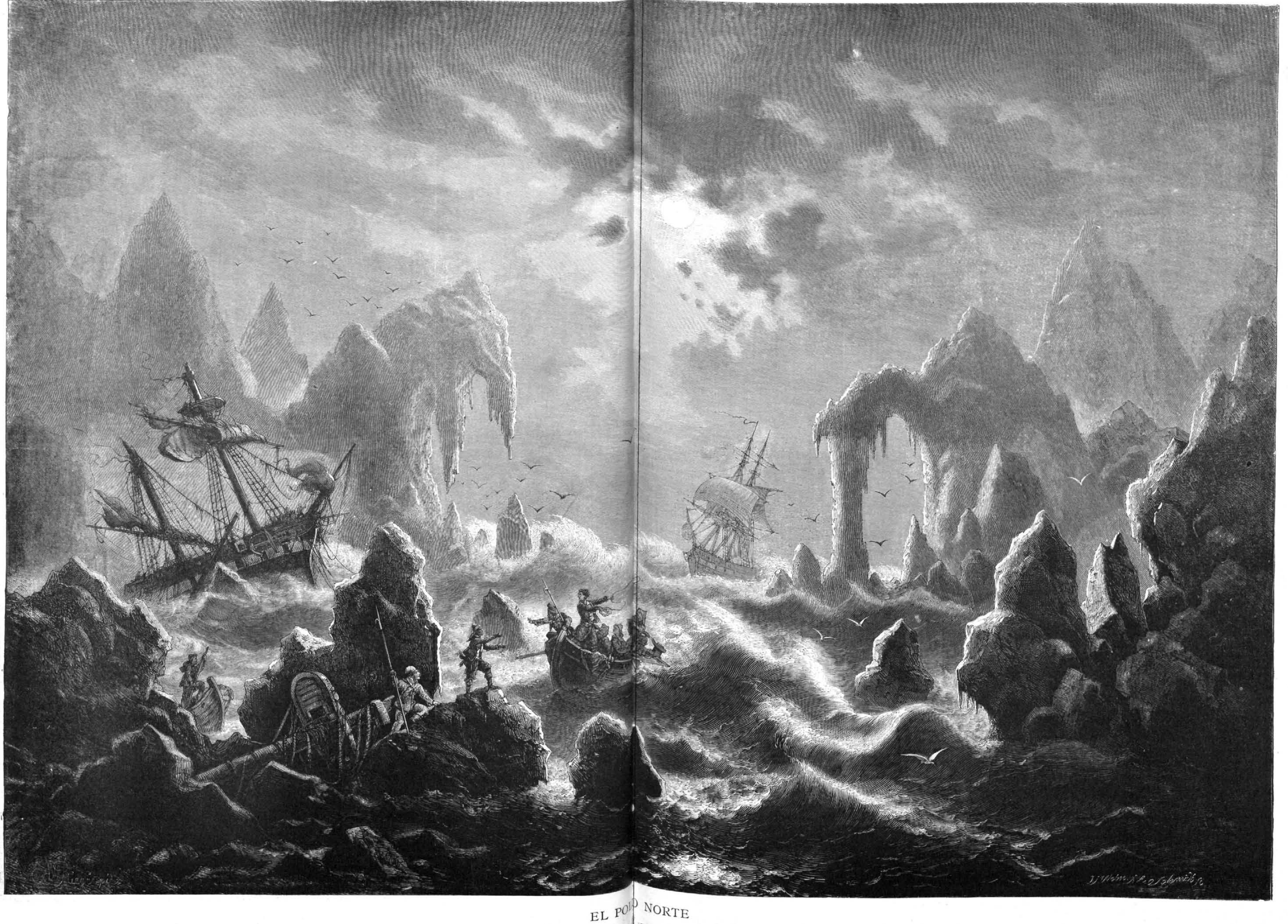


EN EL COLISEO



LA SANTA FAZ

IMP. DE MONTANER Y SIMON



EL POLO NORTE

(COPIA DE UN CUADRO DE ALBERTO RIEGER)